

CAPITULO XII

CONTRATIEMPOS

Y SALIDA DEL CAIRO.

Enero 29 de 1873.

ENTRETANTO que me consagraba de esta suerte á visitar los lugares notables y las cosas curiosas del Cairo y vecindades, é inspeccionaba monumentos, ruinas y costumbres, los obstáculos se atravesaban en mi camino, cerrándome el paso hácia la Palestina. Asuntos particulares de la mayor importancia me llamaron á Alexandria, exigiéndome imperiosamente pasar de allí á Europa.

Salí, pues, del Cairo poseido de profunda tristeza. Eran las dos de la tarde. Fortunato me acompañó hasta la estacion, y allí me despedí de él á la partida del tren. No hablé palabra durante la travesía. Las personas que iban en el mismo wagon que yo ocupaba, me parecían de siniestro semblante y desagradable aspecto. Pocos dias hacia que habia atravesado este camino, lleno de ilusiones y esperanzas; mientras hoy lo cruzaba desalentado y frio.

Es evidente que el Egipto es harto interesante, y merece por sí mismo un viaje; pero yo no me contentaba con haber conocido este país solamente. Cuando salí de Europa, me propuse «ir á la Palestina pasando por el Egipto;» de suerte que el Egipto no fué

para mí, en el plan de mi viaje, mas que un punto de tránsito, demasiado interesante, es cierto, pero no el objeto último de mi expedicion y mis deseos. Así es que al verme obligado á retroceder en mi camino, sentíame cruelmente burlado, porque esta tierra de los Faraones que habia conocido, era ya para mí el camino de la Tierra Santa. No llegar á Palestina, habiendo conocido el Egipto, era la confusion de mis ideas y el trastorno de todos mis planes.

Sin contar con el interes particular que ofrecia á mis ojos la antigua Canaan por haberse desenlazado allí el drama de la salvacion del mundo, bastaba para contristarme, la sola idea de que mis pensamientos no iban á realizarse, y de que la suerte me obligaba á obrar diferentemente á mis deseos.

Pensando en estas y otras desconsoladoras cosas, crucé, sin saberlo, el Nilo y las fértiles campiñas que la inundacion fecundiza, y recorrí las cuarenta leguas que separan el Cairo del principal puerto egipcio. A las ocho de la noche llegué á Alexandria, y, colérico y desesperado, monté en un coche y me dirigí á un hotel. Allí habria de pasar los dias que faltaban para la salida del próximo vapor con destino á Marsella, que seria á principios de Febrero.

Esperando desesperado que trascurriera el tiempo, pasaron el 30 y 31. Una idea fija me trabajaba el cerebro noche y dia: haber estado tan cerca de Palestina, y mirarme obligado á alejarme de ella repentinamente, y contra mi voluntad. ¡Cuántas veces habia ya gozado de antemano, pensando en la realizacion del propósito que me habia traído á las costas de Africa! Me habia soñado en la tierra de los hebreos, habia cruzado sus campos y visitado sus ciudades, y ni un momento se me habia ocurrido dudar sobre la realizacion de estos ensueños. Pero hé aquí que de improviso se abre en la senda que tenia por llana, un abismo insondable, el imposible; y me veo obligado á retroceder y tomar de nuevo el camino de Europa. Y la planta que tenia ya levantada para sentarla en los umbrales de la patria del Dios-Hombre, me es forzoso bajarla de nuevo para emprender re-

trógrada marcha hácia las profanas tierras que nunca vieron el semblante del Salvador, ni oyeron las palabras de su boca!

Mi amargura aumentaba todavía cuando me figuraba que Dios era quien me cerraba las puertas del místico país de sus amores y sus iras; y suspiraba con dolorosísimos suspiros cuando murmuraba en mi interior mi pensamiento: «Dios no quiere.» Esta frase terrible que resonaba en mi alma, era para mí reprobacion manifiesta. Mi espíritu se agitaba presa de sentimientos verdugos; y al mirar que la mano de Dios me rechazaba á la entrada de la patria de su Hijo, sentía glacial terror circular por mis venas. Y concluía por convencerme de que me era forzoso purificarme á manera de María, la pecadora egipciaca, para que la mano del Eterno no me impidiera arrodillarme ante el sepulcro del Cristo.

CAPITULO XIII

REGRESO AL CAIRO

Y SALIDA PARA SUEZ.

Febrero 1º de 1873.

GOMENZABA apenas á salir el sol, cuando el mozo del hotel vino á dar fuertes golpes á la puerta de mi cuarto. Vestíme apresuradamente, y fui á abrir preguntando qué era.

—Un telégrama del Cairo, me contesta el criado.

Rompí la cubierta y leí el telégrama. Me lo mandaba Mr. Pablo Dieu, banquero y fino amigo mio de la capital. Él tenia cartas para mí venidas de Europa, y me hacia saber que no era necesario ya mi regreso á Nápoles. Apenas podia dar crédito á lo que veía. Me sentí inundado de alegría. En un momento acomodé mis maletas, tomé un coche y me dirigí á la estacion. Naturalmente tuve necesidad de esperar largas horas antes de partir. A las dos de la tarde salí de Alejandría, de bellissimo humor, y envolviendo en amor el universo.

Grande como mi abatimiento habia sido, vino á ser mi regocijo. El dia anterior no abrigaba ni una ligera esperanza de que la suerte cambiase en favor mio. Y al mirar ahora que el camino ayer cerrado, estaba franco ya delante de mis pasos, exclamé en mi interior lleno de emocion, como los primeros cruzados: «Dios lo quiere.»